

Discurso de agradecimiento

Ángel Luis González

Excmo. Sr. Rector de la Universidad Panamericana
 Excmos. e Ilmos. Sres.
 Claustro académico
 Señoras, señores

Gratitud. La primera palabra que me permito decir en este acto es una palabra de agradecimiento. No es retórica protocolaria sino un intento de correspondencia a la Universidad Panamericana y a todos cuantos han intervenido en esta designación, para mí honrosísima y de la que me siento feliz. Existen realidades que no requieren mucha ilustración o un ulterior esclarecimiento; si, por hipótesis, hubiera alguien que no se ha percatado, debo apuntar que es pertinente realizar un notable coeficiente reductor del elogio de merecimientos realizado por la Dra. Rocío Mier y Terán; mucho agradezco sus palabras, aunque haya en ellas considerable exageración.

Ser universitario no es algo transitorio o perecedero, provisional: imprime un cierto carácter. No se puede desistir o desertar de ser universitario. Ciertamente en la vida es muy fácil estar atareados, desbordados, incluso perdidos ante tanto trabajo, tantas impresiones, noticias; en esa situación es más difícil intentar captar el sentido unitario de las cosas, y declinar. Estamos en nuestra época en una situación de sospecha, la filosofía de la sospecha, que lleva consigo que consideremos que nada es admirable porque no sabemos a qué obedecen las cosas. Ciertamente el espíritu epocal, de la época, induce al desconcierto, que lleva consigo el no saber por dónde tirar, porque todo es tan complicado, que no se tiene la clave de nada. Muchas cosas contribuyen a la incertidumbre, cuando no a la zozobra. Pero el universitario auténticamente tal es, por naturaleza, esperanzado.

Confiar en la esperanza especialmente cuando la historia se ensombrece, aunque todo parezca concitarse contra la esperanza. Este no es, como con frecuencia aparece utilizado, un concepto borroso, difuminado, algo que se pierde en un horizonte lírico. El temple esperanzado es justamente lo que permite enfrentarse de modo adecuado con el futuro. Péguy, el gran poeta y escritor francés, dedicó un largo poema a la esperanza; con la habitual audacia literaria francesa, empezó su libro con la siguiente frase, puesta en boca de Dios: “La fe que amo más es la esperanza”. Como suele afirmar Leonardo Polo, el maestro universitario que más admiro, la existencia en el tiempo del ser humano posee un eje, que le da sentido y la templa; ese eje es la esperanza, porque la esperanza es lo más firme, es el armazón de la existencia histórica. Es como el bastón del caminante, bastón de caña, flexible, que ayuda a andar. Sin esperanza nos paramos, o uno se encuentra perdido en la maraña de la vida, no sabe qué hacer. Dime lo que esperas y te diré cómo vives; uno vive según lo que espera¹. Los profesores universitarios tenemos más motivos para vivir las distintas dimensiones que integran la esperanza.

Seguir siendo universitarios, sin desistir, sin desertar. Con frase quizá demasiado gráfica para nuestros oídos actuales, S. Agustín afirmaba que la deserción de los mejores es una iniquidad. La deserción del carácter de universitario es inicua. La esperanza tiene que ver con los grandes proyectos. Esto depende de la calidad de nuestro conocimiento; si es amplio, elaboraremos

proyectos, que ciertamente pueden tener fines más o menos lejanos (cuanto más ambicioso es un proyecto, tanto más lejano el fin, pero por alejado que esté no deja nunca de ser fin). Ante todo, porque el conocimiento, la ciencia y la sabiduría no terminan o culminan nunca: no podemos agotar la verdad, sino que tendemos a ella (el conocimiento o es conocimiento de la verdad, o no es conocimiento de nada). La inagotabilidad de la verdad impide el estancamiento, el desencanto, el afinarse en el pensamiento débil o la detención exclusiva en miradas retrospectivas a la historia del pensamiento. Encontrar la verdad no lleva consigo un término, una detención, sino que abre a nuevas inspiraciones, novedosos ámbitos de saber.

Aunque en este mundo no haya balance definitivo en la búsqueda de la verdad, sin embargo es universitario aquél que sabe que se dedica a un saber que exige tensar las energías del hombre hacia lo más alto. El universitario no se mide tanto por las metas alcanzadas, sino por la tensión que pone por conseguirlas². Es propio del universitario dudar de la propia capacidad, pero también superar esa duda y seguir buscando. Es claro que el progreso científico, por muy grande y extenso que llegue a ser, no alcanzará una explicación última. Nuevos ámbitos quedarán dominados, pero siempre existirán otras franjas de ciencia que requerirán búsqueda, explicación, profundización. Como recordaba hace pocos meses Benedicto XVI, “la confianza en la capacidad humana de buscar la verdad, de encontrar la verdad y de vivir según la verdad llevó a la

1 - Cfr., entre las diversas apelaciones de L. Polo al optimismo, la esperanza en el trabajo universitario y en el futuro, “La esperanza”, en *Scripta Theologica*, vol. XXX, fasc. 1, 1998, pp. 157-164.

2 - Cfr. L. Polo, *El profesor universitario*. Publicado primero por la Universidad de Piura, Perú, 1996, fue reeditado por la Universidad de La Sabana, Bogotá; cito por esta última: 1997, p. 43.

fundación de las grandes universidades. Ciertamente, hoy debemos reafirmar esto para dar al mundo intelectual la valentía necesaria para el desarrollo de un futuro de auténtico bienestar, un futuro verdaderamente digno del hombre”³.

Confiar en la verdad y en la inteligencia, sin miedos y sin desmayos, abriendo caminos por el desierto. Sin miedos, porque “respecto de la verdad no cabe error por exceso, exageración ni atrevimiento; los errores nacen del miedo a lo trascendente, en la forma de recortes, autolimitaciones, verificaciones, es decir, nacen del intento de empequeñecer la verdad para poder estar seguros de dominarla, para rebajarla a nuestra altura, en vez de exponernos nosotros a la suya”⁴.

Hay que salir constantemente de caza, a la caza de la sabiduría; rastrear la caza de verdades es inagotable. En la caza algunas veces se cobran piezas, otras no. El optimismo es una dimensión irrenunciable de la esperanza; es claro que no un optimismo frívolo, de un vacío final feliz. El optimismo no es una cobardía, como dijo un autor del siglo pasado. No lo es, por cuanto el optimismo no es hijo del éxito, sino motor de la acción, el auténtico causante de la victoria. Un optimismo que mira al futuro, que incluye un salir de la situación presente en busca de otra mejor; y, sobre todo, se es optimista por la incomparable alegría que nos proporciona el acercarnos a la verdad. Un verdadero optimista esperanzado siempre es un insatisfecho: lo mejor está

por venir. Por eso siempre tiene primacía el saber sobre lo sabido.

“Vale más buena esperanza que ruin posesión”, que diría Cervantes. Por eso no se debe renunciar a salir de caza porque se considere que la verdad es inasequible, o se trata de una tarea ardua, o porque no merezca la pena insistir, o porque lleva mucho tiempo, o porque se trata de algo utópico. No podemos declinar y dedicarnos a lo ya sabido, a lo consabido. Hemos de asumir, audazmente, los retos de la interdisciplinariedad, a la que impulsa decididamente la última encíclica del Papa con estas palabras: “La excesiva sectorización del saber, el cerrarse de las ciencias humanas a la metafísica, las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología, no sólo dañan el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos, pues, cuando eso ocurre, se obstaculiza la visión de todo el bien del hombre. Es indispensable *ampliar nuestro concepto de razón y de su uso*”⁵. Así la interdisciplinariedad debiera dejar de ser un lema retórico propio de discursos académicos. Resulta ineludible, inexcusable, convertir en realidad esa búsqueda de soluciones a los grandes problemas humanos de manera conjunta por parte de los diferentes ámbitos científicos. Y no olvido que la interdisciplinariedad no es unívoca: es diferente en el ámbito de las ciencias humanísticas y en el de las ciencias experimentales.

Compensa recordar que la inteligencia humana es potencialmente infinita; y por otra parte, que la verdad compromete. San Josemaría, Fundador de esta Uni-

3 - Benedicto XVI, *Discurso a los Rectores, profesores y estudiantes de la República Checa*, Praga, 27. IX. 2009.

4 - I. Falgueras, “Leonardo Polo, maestro”, en *Acto académico en homenaje al profesor Leonardo Polo Barrena*, 27.XI.1996, Universidad de Navarra, 1996.

5 - Benedicto XVI, *Carta Encíclica Caritas in veritate*, nº 31. La referencia a la ampliación del uso de la razón corresponde a su *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12.IX.2006.

versidad, en un discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de Navarra, nos hablaba de que “el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esta rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública”⁶. El ser capaz de la sabiduría lleva consigo no ser un simple espectador de la sabiduría; que el amor a la verdad se demuestra con el hecho de que donde esté se sabe encontrar y apreciar el bien. Por eso subrayaba Kierkegaard, el padre del existencialismo, que si un hombre en el mismo momento que ha conocido el bien no lo hace, entonces se debilita el fuego del conocimiento.

Buscar con afán de encontrar, y encontrar con el deseo de buscar aún más, decía S. Agustín. La consideración de la verdad es el buen trabajo del intelecto; la más meritoria de todas las buenas acciones es la buena acción del intelecto, con las disposiciones éticas requeridas. La vida intelectual —se ha dicho— es intelectual porque es conocimiento, pero es vida porque es amor. Por eso, como decía Tomás de Aquino, “aquéllos que quieren padecer este trabajo por amor del conocimiento son pocos, a pesar de que Dios ha insertado en las mentes de los hombres un apetito natural de conocer”. Siempre será pertinente soportar ese trabajo por amor del conocimiento. “La razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad —señala Benedicto XVI— comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de mo-

destia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, cuando impone la rendición ante las demandas de quienes de manera indiscriminada dan igual valor prácticamente a todo. El relativismo que deriva de ello genera un camuflaje, detrás del cual pueden ocultarse nuevas amenazas a la autonomía de las instituciones académicas”⁷. Una manera por la que puede comenzar a perderse la identidad y se abre el camino a un relativismo cultural se produce por la pérdida o difuminación de los fines, o el intercambio de los fines por los medios, por ejemplo cuando se pretende una adaptación a los vientos que corren en un momento determinado de la historia, y que respecto a las Universidades ha sido expuesto en forma interrogadora, que lleva consigo la respuesta, por el mismo Benedicto XVI: “¿Qué sucedería si nuestra cultura se tuviera que construir a sí misma sólo sobre temas de moda, con escasa referencia a una auténtica tradición intelectual histórica o sobre convicciones promovidas haciendo mucho ruido y que cuentan con una fuerte financiación?”⁸.

La institución universitaria es un baluarte de la verdad y del optimismo esperanzado. Se hace preciso, además, recordar la relevancia de la libertad personal. Por una parte, una equivocación sobre la persona redundaría en aspectos esenciales de la sociedad, de la religión y de la cultura. La persona es intimidad; su manifestación es, inevitablemente, otorgamiento, aportación sin menoscabo de la intimidad. Lo que se aporta no se pierde, puesto que la manifestación está presidida

6 - San Josemaría Escrivá, “El compromiso de la verdad”, Discurso pronunciado el 9 de mayo de 1974, en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Eunsa, Pamplona, 1993, pp. 106-107.

7 - Benedicto XVI, *Discurso*, cit., *ibid.*

8 - *Ibid.*

por una intención donante. Por otra, la superioridad “de la libertad personal sobre cualquier organización y programación descansa en la inagotable capacidad manifestativa de la intimidad (de la persona humana). Ningún sistema puede suplir a la fuerza creadora de la libertad; ninguna previsión técnico-formal del futuro es válida ante la perenne renovación de las aportaciones personales”⁹.

La esperanza de la verdad es siempre expansiva, se abre con ella al futuro y un futuro compartido. Las gentes de nuestro tiempo reclaman del universitario un servicio más cumplida y sabiamente realizado. Recuerdo el primer verso de un soneto de Quevedo: “¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?”. Cuando a nuestro alrededor haya personas que flaqueen en su ánimo porque con frecuencia las respuestas siguen cerrándonos las puertas y falta la llave para abrirlas, es obligación especial nuestra, de los universitarios, no hurtarnos en el esfuerzo de responder, de acompañar en la búsqueda, ayudar, servir. En un trabajo reciente subraya Carlos Llano, nuestro primer Rector, aplicando la noción de servicio en las organizaciones, una renovación y fundamentación de “la tesis, hoy desusada, de que el servicio es un factor de desarrollo más potente que la competencia, y que si hubiera de darse alguna competencia, sería aquella en la que los competidores buscaran servir más. En cualquier caso, será mejor para la organización nombrar jefes entre quienes se destacan por su espíritu de servicio que por su espíri-

tu competitivo”¹⁰. Es preciso seguir recordando que la generosidad posee un valor integral para el hombre; se configura como carácter del ser personal, sin el cual la persona se degrada. El hombre no puede prescindir de la generosidad.

El trabajo universitario siempre rinde frutos si se aplica el arma, invencible, de la generosidad; la posible fama que pueda alcanzarse hay que trasladarla a los siglos venideros, como señalaba Cervantes, en un conocido discurso de D. Quijote a Sancho: “Todas las grandes y diferentes hazañas de los caballeros son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, aunque los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable mundo se alcanza”. Los universitarios bien podemos asegurar que sabemos siempre lo que tenemos que hacer. Y en esta queridísima Universidad Panamericana, a cuyo claustro académico me honra pertenecer, si tuviéramos alguna duda, debemos dirigir la mirada y la mente, también agradecidas, al tesoro de principios, válidos para todos los que aquí trabajamos, que son las palabras del Fundador de la Universidad, a esa sabiduría fundacional sobre la libertad, la responsabilidad en el trabajo, el espíritu de servicio, el sentido social y solidario, la formación de inteligencias jóvenes que puedan abrirse a la trascendencia, y el optimismo

9 - L. Polo, “Los ámbitos de la libertad”, en *Las organizaciones primarias y las empresas*, Cuadernos de Empresa y Humanismo, nº 100, Pamplona, 2007, p. 20.

10 - Carlos Llano, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, Cuadernos de Anuario Filosófico, serie Universitaria, nº 215, Pamplona, 2009, p. 78.

inexpugnable que permite superar cualesquiera decepciones, desazones o inconvenientes del tipo que sean. Ese legado fundacional que los sucesores de S. Josemaría, Mons. Álvaro del Portillo, de invulnerable memoria, y Mons. Javier Echevarría, actual Rector Honorario, nos han recordado o nos traen a la memoria, de modo pertinente, y por lo que se hacen acreedores a nuestro habitual y reiterado agradecimiento. Seguir el rumbo que marquen es el mejor modo de no desafinar.

Como la primera, también la última palabra quiero que sea de gratitud. Con una expresión del poeta Juan Ramón Jiménez: Que corra la gracia del agradecimiento. Con mi reconocimiento agradecido refuerzo mi voluntad de servicio a la tarea académica de la Universidad Panamericana.

He dicho. ■